



18 de abril de 2020

## **ENFERMERAS CON CORAZÓN**

Luisa siempre había querido ser enfermera. De niña, lucir una tirtita era su ilusión. Su barbi preferida era la que iba vestida de enfermera con su botiquín en la mano. Cuando terminó la secundaria, no lo dudó: estudiaría enfermería. Lo de ser médico no, porque le gustaba curar y hablar con los enfermos.

Su alegría fue inmensa cuando al fin se encontró con el título en las manos.

Enseguida, se presentó en el hospital «San Pedro» por si había un puesto vacante de enfermera y, a pesar de los recortes, la admitieron.

Luisa era feliz atendiendo a los enfermos. Cuántas veces tenía que escuchar a la jefa de planta: «Luisa, no te entretengas con los enfermos». Pero para ella era fundamental escuchar sus penas porque no venían verlos, o sus preocupaciones por los que estaban en casa sin su apoyo.

Llevaba diez años ejerciendo su vocación cuando su madre sufrió un derrame que la imposibilitó valerse por sí misma. Las rentas de las tierras del pueblo le permitieron a Luisa dejar el trabajo y dedicarse por entero a cuidar a su madre.

Fueron pasando los años, echando siempre de menos a sus enfermos. Aún conservaba la barbi enfermera y, cada vez que la veía le invadía la nostalgia.

Cuando su madre falleció, Luisa se quedó sola y con un gran vacío en su corazón. Tenía 45 años. ¿Quién le iba a contratar con tantas enfermeras jóvenes y mejor preparadas?

Pero una especie de gripe empezó a extenderse demasiado rápidamente. Luisa prestó atención a las noticias que hasta entonces había ignorado. No era una gripe, era un virus, no mortal, pero altamente contagioso que se propagaba a nivel mundial considerándose ya una pandemia.

¡Una pandemia! Eso era algo muy grave. Luisa empezó a estar pendiente de la noticia. Los enfermos aumentaban exponencialmente y las urgencias se colapsaban. Faltaba personal sanitario. Los médicos jubilados fueron llamados, debían volver a ejercer. El corazón de Luisa empezó latir con fuerza. Seguramente que también se necesitarían más enfermeras. No se lo pensó.



En el hospital san Pedro la conocían, seguro que podría ayudar de alguna manera. Efectivamente, en cuanto se presentó, la admitieron. Como llevaba demasiados años sin ejercer la destinaron a la planta de los enfermos en aislamiento. Para ella fue perfecto. Cada día, ataviada con su equipo de protección, pasaba por las habitaciones de los enfermos a entregarles alguna de las cartas que, voluntarios anónimos, habían escrito para ellos. Apenas podía estar unos minutos en la habitación, pero suficientes, para escucharles leer la carta o alguna confidencia que siempre le hacían.

Luisa tenía el corazón dividido. Se sentía feliz por poder atender a sus enfermos, pero también sufría por su situación de aislamiento, aunque procuraba hacérsela más llevadera y mantener viva su esperanza de poder volver pronto con los suyos.

Blanca Cerruti